

Las diferencias naturales entre un viaje á pie por ocho días y otro de pocas horas por ferrocarril, acentúan la mayor fe y mejores provechos que un modo de peregrinar obtiene sobre el otro. La aspereza de los caminos, la fatiga en las horas de un calor ardiente, la sed, el cansancio que en personas no acostumbradas á viajar á pie llega al agotamiento de las fuerzas, las lluvias con sus consecuencias que doblan lo pesado del camino, lo incómodo y hasta penoso de algunas posadas, etc., etc.; lejos de mover con algún aliciente grato á los sentidos, proporcionan saludables ejercicios de mortificación al cuerpo, y en proporción, dulces fruiciones, alegría, paz y contento inefables de espíritu que, rendido por la fatiga y el cansancio, en cada pisada deja escrito "fe, esperanza y amor." A cuantos de nuestros compañeros de viaje que ya cuentan en cada paso un sacrificio, les instabamos para que montando á caballo, aliviase las dolencias de sus pies muy lastimados y el peso de un rendimiento general con que apenas se arrastraban; pero ¡cómo nos edificaron! á su vez nos rogaban que no les mandásemos que aceptaran el alivio; decían que si se les mandaba, estaban prontos á obedecer; pero que si se les dejaba en libertad, suplicaban que se les permitiese continuar su marcha, más grata al alma que penosa al cuerpo. Y en efecto, la apacibilidad de su semblante cubierto de polvo y de sudor, la sonrisa de sus

labios, secos y ulcerados por los vientos recios y el calor, la mirada complaciente y tierna, el tono suplicante, y una aptitud tan humilde y bajo todos aspectos tan digna de los hijos de Dios, daban á comprender de un modo práctico el símil de los Cantares: "Mi amigo como el lirio entre las espinas." Preferen, y con razón, nuestros buenos hermanos, el sacrificio menor al mayor: sacrificar la paz y el goce del alma, es sacrificio muy superior al que soportan por la Virgen los fatigados miembros.

¡Qué orden, qué subordinación, qué docilidad, qué recogimiento, qué religiosidad, qué fe, qué devoción, qué piedad la de nuestros peregrinos! Si no fuera esta una breve reseña, cabrían en ella no pocos, sino muchos detalles capaces no sólo de alumbrar al alma con vivísimos esplendores de fe, sino aun de derretir el corazón con el ejemplo de una caridad pura y encendida, cuyo fuego se aviva al soplo misterioso y divino de la abnegación y sacrificio. Hé aquí un bello ejemplo entre mil.

A uno de nuestros caros hermanos en Jesucristo, le hizo cierto hombre perverso, (no peregrino) un daño grave, muy grave en su género y circunstancias: y cuando la compasión y el amor de todo el cuerpo de peregrinos, á una ligera insinuación del presidente, se cuotizó con lo que cada uno tuvo á bien, para remediar el daño, el pobrecito hincado de rodillas, juntas las manos al pecho, y vertiendo

sus ojos dulce y apacible llanto, olvidando cuanto para él fuera de daño, rogaba que la cantidad que se daba fuera para limosna de una misa por todos, pero especialmente por el pobrecito—decía él—que había hecho aquel mal; que él nada tenía, añadió, pero que la Divina Providencia se encargaba de sus necesidades, que lo que había que sentir, era la ofensa que aquel pobre hombre hacía á Dios y los daños que con esa mala acción acarrea á su alma. Aceptamos edificados y enternecidos la buena voluntad de nuestro hermano, reservando un peso para limosna de la misa que él deseaba, é hicimos que recibiera la suma que la caridad fraternal ponía en sus manos.

Y para decir algo, ya que no pueda enarrarlo todo, sólo diré: que siendo de ordinario el que esto escribe, uno de los que caminan al último, por convenir así al regular desempeño de mi comisión, me deleito en contemplar las huellas de mis hermanos en Dios. Varios de ellos ofrecen á la Santísima Virgen el sacrificio de caminar algunos días descalzos. En los vestigios de sus pies voy mirando las huellas que dejaran estampadas, ya en el polvo, ya en el lodo de la Tierra Santa, los sacrosantos pies del Hombre-Dios y los de la Virgen-Madre. Tengo fe, y por lo mismo tengo que escuchar, abierto el cielo del amor, la misma voz que se oyera sobre las aguas del Jordán y en la cima del Tabor: "Estos son mis hijos muy amados en

quienes mi espíritu se complace." Y en efecto: si la palabra de Dios es la misma que la de la Madre del Verbo de Dios, y si la voz de la Tórtola divina del Cántico de los Cánticos se escuchó en nuestra Tierra: *Vox turturis audita est in terra nostra*, ¿por qué no me ha de ser lícito contemplar y venerar en las huellas de nuestros peregrinos, las plantas de los hijos de Dios, de los predilectos de la Virgen-Madre, que encaminándose á Ella, Ella como desde el cielo, así desde el Tepeyac, complaciente les mira, y entre las sonrisas de sus labios, les dice: "Estos son mis hijos muy amados, estos el placer de mi corazón"? Y así como María extática contemplara misterios y más misterios de gracia y amor en las huellas que el Niño su Hijo é Hijo de Dios estampaba en las arenas del Egipto y en las sendas de Nazaret, así estoy cierto de que Ella contempla las huellas del mejicano que peregrinando al Tepeyac, imprime su planta en el suelo de nuestra Patria. Los mejicanos en gracia multiplican al corazón de María los predilectos hijos de su amor: en cada peregrino su espíritu rebozando de gozo en el Señor, mira otro y otro Jesús: "Mujer, mira ahí á tu hijo.."

Día por día los sacerdotes que íbamos dábamos la Sagrada Comunión á doscientos ó trescientos peregrinos. El manjar del día era el Santísimo, el meliflúo Rosario, entretejido y alternado con cánticos, alabanzas, plegarias y

acciones de gracias al Soberano del cielo y de la tierra, unidos nuestra alma y nuestros labios á los de la Madre de Dios y Madre nuestra.

Todas las tardes, rendida la jornada, nos preparábamos para darle descanso al cuerpo y templar al cuerpo y templar el alma para las fatigas del día siguiente con el rezo de la última parte del Rosario, una „plática,, sobre el cántico *Magnificat*, hacíamos especial oración por los pecadores, por los moribundos, por los que, encomendándose á nuestras oraciones, oran en especial por nosotros, por los que nos hayan hecho algún mal, ó nosotros hubiésemos dañado de algún modo, por nuestras familias, por las personas que más nos obligan delante de Dios, y por último, orábamos por aquellas personas y necesidades que fuese del mayor agrado de la Santísima Virgen socorrer. Concluíamos el ejercicio con el cántico al Dios Santo, Fuerte, Inmortal, y á María la Virgen Santa, Virgen Pura, Virgen y Madre de Dios, poniendo en Ella toda nuestra confianza de ir á la gloria á gozar de Dios. En seguida los peregrinos seculares se retiraban á descansar mientras que los sacerdotes instruían á los niños para que se confesasen é hiciesen su primera comunión. Es indecible el gozo que se siente con presentarle á la Santísima Virgen en el lugar mismo que Ella se eligió, corazones de niños tiernos y sencillos, purificados con la sangre del Cordero, y unidos por vez primera

al Divino Corazón de Jesús. Es de esperarse que la gracia jamás abandone á tan venturosos niños.

Me es muy grato en esta ocasión dirigir á los Sres. Párrocos y Ministros de los Curatos y Vicarías que tocamos en el tránsito de nuestra peregrinación, un voto de acción de gracias por la piedad con que de año en año nos reciben, la benevolencia con que nos hospedan, y sus esfuerzos por servirnos y hasta por obsequiarnos. Las casas parroquiales nos abren sus puertas con tan buena voluntad, que por ser materialmente imposible no reciben á todos los peregrinos, pero los Sres. Curas hacen los mayores sacrificios cediéndonos aún sus habitaciones personales, y aceptando con ese agrado propio de la caridad fraternal todas las molestias consiguientes á la aglomeración de personas que llenan sus piezas, corredores, pasillos, antecámaras, y demás dependencias habitables. Supimos de un sacerdote (cuyo nombre no imprimimos por no lastimar su modestia) que pasó mala noche en el suelo, sin más abrigo que un tapete por darnos el mejor alojamiento posible. La mesa para los Eclesiásticos que vamos y otro número considerable de personas, está preparada á nuestra llegada y servida con tanto esmero, que nuestra mortificación llega á su colmo, y sólo se mitiga con repetir: "Dios se los ha de pagar.,"

Muchos de estos buenos sacerdotes (¡cuánto

se los agradecemos!), después de las fatigas y molestias que les ocasionamos, nos ayudan á confesar peregrinos hasta sacrificar el descanso necesario de la noche. Gracias, por tanto, damos á nuestros caros hermanos en el sacerdocio; gracias á las muchas personas de quienes recibimos beneficios en nuestro camino; gracias en nombre de todos nuestros compañeros de Peregrinación, en nombre de nuestros Prelados, y de la Iglesia que vamos representando; y gracias por último, en el nombre del Señor, que promete un cielo en recompensa de tales obras de misericordia y caridad, aceptándolas como hechas á su misma Divina Persona. "*Hospes eram, et collegistis me.*"

Por breve que deba ser esta reseña, no será justo pasar en silencio á los peregrinos por ferrocarril. Me consta ciertamente que muchas de las personas que no hacen la peregrinación á pie, están animadas de los más vivos deseos de ofrecerle á la Santísima Virgen ese sacrificio de filial amor; pero no estando en su mano efectuarlo, bástales delante de Dios el mérito de su buena voluntad, que acaso puede ser mayor que si de hecho cumpliesen sus piadosos deseos. Especialmente las señoras, cuya piedad es característica, cómo preferirán, prescindiendo de las comodidades que proporciona el vapor, asimilarse á la Madre de Dios siguiendo á pie á su Divino Hijo en sus fatigosas excursiones por la Palestina, sobreponiéndose á la

debilidad y demás condiciones de su sexo, que las ponen tan distantes de una práctica superior con mucho á las grandes aspiraciones de su devoción.

Sería de desearse que todos los peregrinos fueran,—como acaso la mayor parte va,—puramente por visitar á la Santísima Virgen, excluyendo todas las segundas intenciones de pasearse, arreglar negocios, visitar parientes, comprarse objetos, etc. Es indigno del espíritu de peregrinación al Santuario de Guadalupe aprovechar el tren de recreo para ir á Méjico.

¡Sea Dios bendito en el espíritu de aquellas personas que, dispuestas al viaje por la confesión sacramental, y preparadas así para recibir la Sagrada Comunión en el Santuario, van con recogimiento interior, rezan el santo Rosario en la ida y vuelta, y su corazón humilde y fervoroso sólo va animado del deseo de alcanzar el remedio de las necesidades propias y ajenas, espirituales y temporales, públicas y privadas!

En vista de los hechos, no es posible dudar del provecho práctico de nuestras peregrinaciones: ellas son mociones del Espíritu Santo y efecto singular de la protección que la Madre de Dios dispensa á Méjico; ellas son un testimonio público de fe ante ese mundo de indiferentes, incrédulos y compatriotas desnaturalizados.

Daremos con ellas ocasión de ironía y de risa á los despreocupados, de maledicencia al blasfemo, de rabia á los demonios y de furores al infierno; mas, "¿Quién contra nosotros, si Dios se declara en nuestro favor? ó en otros términos: "Nadie ni nada hará mal alguno á los mejicanos mientras la Virgen de Guadalupe sea el imán de nuestros corazones."

¡Felíz mi Patria, felíz mi Iglesia, felices nosotros peregrinos guadalupanos! ¡Non fecit taliter omni nationi!

Florencio Rosas.

SERMON

PREDICADO EN EL SANTUARIO DEL TEPEYAC

EL DIA 2 DE JULIO

EN LA SOLEMNE FUNCION,

QUE CELEBRO

LA DIOCESIS DE QUERETARO,

EN HONOR

DE SU NACIONAL PATRONA,

Por el Sr. Canónigo Penitenciario

D. JUAN GONZALEZ.

*Se imprime por disposicion de los Sres. Gobernadores
de la Diócesis.*

QUERÉTARO.

IMPRESA DE LA ESCUELA DE ARTES.

1^a. DE SANTA CLARA, NÚM. 7.

1899.